

ECO DEL SEGURO

AÑO VIII.

CENIZA 25 FEBRERO DE 1912.

NÚM. 349.

Del Día

«Memento homo quia pulvis est et in pulverem reverteris.»

Estas fueron las palabras pronunciadas el miércoles último por la Iglesia católica, al imponer á los fieles en la frente, la ceniza. *Acuérdate, hombre que polvo eres y que en polvo te has de convertir;* queriendo con ellas grabar, allá, en el fondo del alma racional y pensante, los ideales sagrados y las supremas enseñanzas que debemos cultivar y que olvidar no debemos en este corto viaje de nuestro existir.

Pero ¡ah! de cuán poco sirven las palabras de la Iglesia! ¡Cuán poco son atendidas estas sabias y hermosas reflexiones! ¡Cuán insignificante es la estimación que hacemos de estos consejos saludables, de estas enseñanzas dulcísimas!

La humana tendencia al mal; el instinto perverso del orgullo insano á humillar al semejante, á denigrarlo, á descubrir sus faltas; á pregonar los errores, aunque sean leves; á cobrarse en la desgracia y en la miseria, sin caridad, no tienen ciertamente por base aquella verdad inconcusa, que estas líneas encabeza, ni tienen por fuente el amor, ni por origen el bien absoluto, ni por norma la commisericordia. Tienen su fuente en la soberbia, su primera razón de ser en la ley del más fuerte, su cimiento en la tranquilidad de que el escarnecido no puede defenderse del que lo denigra, por razón de impotencia legal, moral ó física.

«Acuérdate, hombre, que eres polvo.....» dice la Iglesia católica para que practiquemos el bien por el bien; para que nos compadezcamos del desgraciado; para que demos la mano al caído, levantándolo de la postración en que yazga; para que demos al hambriento algo de lo que nos sobre con lo que aplaque el desfallecimiento que sienta; que cubramos al des-

nudo con nuestras ropas en desuso; que consolamos al triste en sus penas, en vez de recargarlas con nuestros dolorosos recuerdos, que suframos las flaquezas y los defectos de nuestros semejantes, proponiéndoles sus yerros, doliéndonos de sus faltas, desayunciéndoles sus dudas, borrando de la mente agena los odios y los rencoras, é infiltrando en el corazón de nuestros semejantes raudales de afecto, de paciencia, de fe, de amor, de bondad, de virtud, de esperanza, de caridad y de mansedumbre.

«.....que en polvo te has de convertir...» sigue diciendo la Iglesia, recordando, con este inciso, que las glorias, los honores, las grandezas y el poder, todo es nada.

El hombre, escribe sabio filósofo, tiene durante su peregrinación, en la tierra tres amigos: El dinero lo abandona cuando exhala en postrimer suspiro; sus amigos lo acompañan hasta la puerta de la tumba. Allí, de él se despiden, y cuando lo abraza y cubre la madre tierra, vuelven á sus moradas. Sólo las buenas obras lo acompañan ante el trono del Supremo Juez; interceden en su favor y le consiguen el premio de la Gloria eterna, si pesan lo bastante, en la balanza de la eterna justicia.

¡Y cuánta verdad encierran estos asertos sublimes del filósofo sabio! ¡Las glorias, los honores, las riquezas, el poderío....! ¿Qué son? ¿En qué paran? ¿Qué se hicieron de ellos?

Lo que tan despacio se logra en años y años de afanes, de privaciones, de constantes anhelos, viene á arrebatársenos en un segundo, en un momento, quedando á polvo reducido.

El hombre se afana por amontonar riquezas, y, á veces, no repara en la senda que ha de seguir para conseguirías, ni el procedimiento que ha de emplear para alcanzarlas. ¡El caso es poseerlas! Lo demás..... ¿qué importa?

Y aquellas riquezas amontonadas, tal vez, por malas artes, cuando el que las consiguió deja de ser,

pagando á la muerte su tributo irredimible é inexcusable, pasan á ser pasto de buitres hambrientos, de famélicos lobos, que las devoran en cuatro días ó las destruyen en dos segundos.

Decidme, vosotros, los que procedéis de tal manera: ¿Qué premio podréis conseguir en la otra vida, si sembrásteis lágrimas y dolores y tristezas y dolores, sin reparos ni miramientos, para recoger lo que ni vuestro era, ni podía llenaros otra satisfacción que la de la fugaz contemplación del oro por vuestra avaricia?

Responded vosotros, los que despreciásteis las riquezas, pero sí apreciábais los títulos y honores: ¿Qué satisfacción sentisteis en el alma, si para lograrlos sepulcristeis en los abismos profundos del dolor á infelices que nada os hicieron, y que os sirvieron, con sus cuerpos, ya cadáveres, para que os alzárais sobre el pávil del liasano orgullo?

Venid á mí los que gozásteis sólo en la humillación y en el vejámen de nuestros semejantes y contestad: ¿Qué móvil os indujo á ello? ¿No os gritó vuestro corazón, ni una vez siquiera, en prode vuestros infelices ridiculizados? ¿No se os presentaron ante los ojos los por vosotros humillados, con el corazón hecho trizas, el alma destrozada y los pies y las manos manando sangre, por las agudas puzadas que les causaron los gajos del abrupto camino que les obligásteis á recorrer en la constante burla vuestra?

Acudid, en fin, todos los faltos de amor y caridad cristianos y en este día en que la Iglesia católica os recuerda lo que sois y lo que habéis de ser mañana, cuando os dice: «Acuérdate, hombre, que eres polvo y que en polvo te has de convertir, echad atrás una mirada, una mirada solamente, y devolved á los que so los habéis usurpado, ora los bienes terrenales, ya la honra con vuestras calumnias ó murmuraciones, ó ya la paz que es el pan del espíritu y la alegría que es el alimento del alma.»

Yo no os pido que os rebajéis ante los por vosotros humillados; yo no digo, que llegue vuestro heroísmo á declarar públicamente vuestra infamia de haber manchado con el deshonra, la limpia conciencia de un semejante; yo no os indico que debéis arrojáros ante el que calumniásteis, pidiéndole perdón por vuestras calumnias; pero si os aconsejo, que ya que no hagáis ese sacrificio, por que ni vuestra humildad llegará á tanto, ni vuestro orgullo habrá de doblegarse, tened prudencia y de hoy en adelante, ni os riáis del desgraciado, ni os burleis del pobre desvalido, ni abuseis del que por su condición humilde, no puede defenderse de vuestros tan injustificados, como crueles ataques.

Tened la bastante caridad para compadecer al caído! Tened vuestra mano generosa al que cayó para alzarlo de suelo, al que en el suelo yace, por vuestra culpa! Recordad, en fin, de las sagradas enseñanzas de la Iglesia! Sabed de memoria y no olvidad nunca aquellas hermosas y sublimes palabras: *«Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que en polvo te has de convertir.»*

RAMÓN M. CAPDEVILA.

El Poema de la Indiada

LEMA: «Pampa»

(Cuanto premiado en los Juegos Florales que se celebraron en esta Villa, el verano próximo pasado)

Bajo el laminar de las estrellas melancólicas, que brillan en el celoso cielo, de la Pampa argentina, la noche pasa leyendo su poema, un poema maravilloso, de mágicas leyendas, donde los bravos gauchos se hicieron héroes; de pastorales idilios llenos de ternuras y lánguidades, llenos de versos sonoros en ritmo de una Margarita criolla, de grandes ojos negros, que expresan, tan azucenadamente, una sublime ambición de epitafio.

Esta noche en la Pampa—la tierra triste—algo como una neta lúgubre y dulzona á la vez, a ruidosa de las cuerdas de una guitarra por los dedos marfilinos y palidos de una doncella que vive en un mundo de amor, todo en si

